

la multiplicidad de las manifestaciones culturales con sus aciertos y desatinos, en pequeños países como Santa Lucía, casi desconocidos y con apenas unos miles de habitantes, parecen de vuelta de todo esto. Será por la falta de peso de la historia, será por una situación que Walcott califica de «ilegítima, pero no por ello deshonrosa». Sea por lo que sea, lo cierto es que lo que llega de las Antillas es aire fresco, ideas nuevas y desafíos lanzados a un mundo obsesionado en exceso con el peso de su historia. Una vez más el poeta lo resume cuando asegura que «concedemos demasiada importancia a ese largo gemido que subraya el pasado (...) El murmullo de la Historia se alza sobre ruinas, no sobre paisajes, y en las Antillas hay pocas ruinas, salvo las de las fábricas de azúcar y las fortalezas abandonadas.»

La búsqueda de una identidad, el peso de los mitos fundadores de Occidente y África, el presente radical que se vive en el Caribe quizás como consecuencia de ese clima sin estaciones, son cuestiones cruciales en la obra de Walcott, pero antes de eso conviene hacerse una pregunta más sencilla: ¿Cómo nace un poema? «En este punto, todos los poetas tienden a ponerse muy pomposos», asegura Walcott. Para él no hubo drama, ni obstáculo. Desde muy joven estuvo influenciado por un ambiente cultural y por una familia con un gran interés por el arte. Su padre fue pintor, hijo de un inglés y de una nativa de raza negra. Su madre, maestra de una escuela metodista, era descendiente de esclavos con una cepa de sangre holandesa. De él heredó su gusto por la pintura y la poesía, de ella la pasión por el teatro. Con semejantes orígenes, la búsqueda de su identidad pronto sería uno de los temas centrales de su obra, hasta que afirmó: «Mi nación es la imaginación». Recuerda como creció en un lugar en donde si un niño aprendía un poema, lo gritaba, los otros lo gritaban también y lo actuaban y lo recomponían y lo embellecían. «Si uno quería aproximarse a ese estallido, a ese poder del lenguaje, no podía lograrlo con una vocecita modesta que le murmurase algo a algún otro». Una forma de entender su obra es como una enérgica batalla por reconciliar una herencia dividida. Walcott creció como un niño dividido: metodista en un ambiente católico, artista salido de la clase media, con ascendencias diversas rodeado de un mundo mayoritariamente negro, un remanso de pobreza. Mucha de la

tensión dramática en sus poemas nace del vacío que, según él mismo reconoce, siempre ha tenido que atravesar para describir a la gente con la que ha compartido la vida en una isla.

Poeta a los catorce años y dramaturgo a los dieciséis, Walcott se formó en la Universidad de Trinidad donde fundó el Taller Trinitario de Teatro, donde se han representado muchas de sus propias obras dramáticas, y en la Universidad de las Indias Occidentales, en Jamaica. En Santa Lucía, con tan sólo veinte años creó también el *St. Lucia Arts Guild*, donde representó como obra inaugural su texto *Henri-Cristophe*, basada en la historia del malogrado héroe de la independencia haitiana. Con dieciocho años publicó el libro titulado *Veinticinco poemas*, si bien su obra considerada inaugural como poeta maduro es *Otra vida*. Se trata de una saga lírica a lo largo de la cual Walcott dramatiza los conflictos que le movieron a dejar el Caribe. Los libros de madurez de Walcott, *Uvas de playa*, *El reino del caimito* y *El viajero afortunado*, muestran, como asegura el crítico Stephen Breslow, a un poeta dueño de las riendas del idioma y capaz de fundir la dicción de sus maestros, con sus impulsos personales.

Pero fue en 1990 cuando Walcott publicó en Nueva York y Londres simultáneamente el extenso poema narrativo *Omeros*, quizá uno de sus libros más celebrados. De hecho se trata de siete libros divididos en 64 capítulos. Cada uno de ellos está compuesto por tres cantos, cuya suma rinde 320 páginas de tercetos. En *Omeros*, Walcott no sólo reinterpreto la sustancia de las grandes leyendas de occidente, sino que las recreó imaginándolas en profundidad. Cuenta el autor que cuando trabajaba en él, se levantaba cada mañana como si tuviera que escribir una novela o pintar: «Tenía un trabajo. Y para mi esa fue la parte más feliz del libro». Sabía que por mucho tiempo que le supusiera, tenía una razón para levantarse por la mañana. Quería para la obra un verso que fuera «largo como el horizonte», y quería que ese verso se sintiera como si al llegar el viento lo fuera a alterar. Por eso eligió los tercetos en lugar de los cuartetos, para evitar la apariencia del texto como en un bloque. *Omeros* es un poema épico. No habla de las hazañas sobrenaturales de dioses y semidioses, como el clásico griego: «olviden a los dioses y lean lo demás», le dice *Omeros* al narrador. Tampoco intenta mitificar a los personajes que

aparecen en la obra. Lo que pretende es contar la historia de una tribu, dar voz a la experiencia del pueblo caribeño. Quizás por eso afirma que en el Caribe cualquier pescador que se hace a la mar es un Ulises.

Omeros es al mismo tiempo personaje en la obra y un prototipo de artista como náufrago, que canta a los pobres, a los extraviados y a los desposeídos de la tierra. El poema recorre una serie de acontecimientos históricos, desde el genocidio de los nativos americanos, el drama del esclavismo, la segunda guerra mundial y el sufrimiento individual de los exiliados. «Canto nuestro vasto territorio, el mar Caribe», dice el narrador. En *Omeros* subyace la idea de que el mar contiene las memorias de todos los que han muerto en él, la historia al fin y al cabo, lo define como:

*Un poema épico donde cada línea fue borrada
pero vuelve a escribirse en páginas de rompientes que explotan.*

El narrador es quien desentierra las vidas perdidas, las historias fragmentadas, pero también canta a un pueblo nuevo y a una nueva esperanza. De hecho en su discurso de aceptación del Nobel Walcott aseguraba: «el arte antillano es la restauración de nuestras historias rotas, nuestros fragmentos de vocabulario, y nuestro archipiélago se convierte en sinónimo de fragmentos desgajados de su continente original». Para él la idea de rescribir la *Odisea* era absurda. Acepta que las referencias quizás sean las mismas, pero vienen del otro lado del Atlántico. Lo que acepta es que existen paralelismos: el hecho de que el mediterráneo tenga un archipiélago, el Egeo, y el Atlántico el suyo propio, el Caribe es ya de por sí un punto de partida. Pero sólo eso. El contexto, los orígenes, todo es distinto en *Omeros*. Se mezclan los supervivientes del exterminio indio, los descendientes de los esclavos africanos, los ecos fragmentados del viejo mundo, y toda esa amalgama, esa experiencia cultural es la que describe sirviéndose de un modelo y reinterpretando: «hay una fuerza exultante, una celebración de la buena fortuna, cuando un escritor se reconoce como testigo del amanecer de una cultura que se está dibujando a sí misma rama por rama, hoja por hoja, en esa alborada de autodefinición».

La escritura de Derek Walcott huele a mar y sabe a sal. Es como si el agua de mar hubiera saturado las vocales y consonantes de su vocabulario:

*Cuando escribo este poema,
cada frase va empapada en sal.*

No hay más que detenerse frente al océano y escuchar para comprender. El arte es trascendencia. Sobrepasar la historia y volver a nombrar el mundo. Algo hay en esos pequeños países insulares habitados desde hace apenas unos cientos de años. Un sentido de ligereza, un aire de posibilidad, de predisposición absoluta. Toda una lección para quienes llevan sobre sus hombros el peso de civilizaciones y amenazan con la inmovilidad. Un discurso situado en las antípodas del de Walcott: «para cada poeta el mundo es siempre un amanecer, y la Historia una noche insomne y olvidada; la Historia y el miedo primigenio son siempre nuestro temprano comienzo, porque el destino de la poesía es enamorarse del mundo a pesar de la Historia.» ©